

JORNADA CUARTA

LA ESCENA ES EN VELETRI

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una sala corta, de alojamiento militar

D. ALVARO y D. CÁRLOS.

D. CÁRLOS. Hoy que vuestra cuarentena dichosamente cumplís, ¿de salud cómo os sentís? ¿Es completamente buena?... ¿Reliquia alguna notais de haber tanto padecido? ¿Del todo restablecido, y listo y fuerte os hallais?

D. ALVARO. Estoy como si tal cosa; nunca tuve más salud, y á vuestra solicitud debo mi cura asombrosa. Sois excelente enfermero: ni una madre por un hijo muestra un afán más prolijo, tan gran cuidado y esmero.

D. CÁRLOS. En extremo interesante me era la vida salvaros.

D. ALVARO. ¿Y con qué, amigo, pagaros podré interés semejante? Y aunque gran mal me habeis hecho en salvar mi amarga vida, será eterna y sin medida la gratitud de mi pecho.

D. CÁRLOS. ¿Y estais tan repuesto y fuerte, que sin ventaja pudiera un enemigo cualquiera?...

D. ALVARO. Estoy, amigo, de suerte, que en casa del coronel he estado ya á presentarme, y de alta acabo de darme ahora mismo en el cuartel.

D. CÁRLOS. ¿De veras?

D. ALVARO. ¿Os enojais porque ayer no os dije acaso que iba hoy á dar este paso? Como tanto me cuidais, que os opusierais temí; y estando sano, en verdad, vivir en la ociosidad

no era honroso para mí.

D. CÁRLOS. ¿Con que ya no os duele nada, ni hay asomo de flaqueza en el pecho, en la cabeza, ni en el brazo de la espada?

D. ALVARO. No... Pero parece que algo, amigo, os atormenta, y que acaso os descontenta el que yo tan bueno esté.

D. CÁRLOS. ¡Al contrario!... Al veros bueno, capaz de entrar en acción, palpita mi corazón del placer más alto lleno. Solamente no quisiera que os engañara el valor, y que el personal vigor en una ocasión cualquiera...

D. ALVARO. ¿Quereis pruebas?

D. CÁRLOS. (Con vehemencia.) Las deseo.

D. ALVARO. A la descubierta vamos de mañana, y enredamos un rato de tiroteo.

D. CÁRLOS. La prueba se puede hacer, pues que estais fuerte, sin ir tan lejos á combatir, que no hay tiempo que perder.

D. ALVARO. No os entiendo... (Confuso.)

D. CÁRLOS. ¿No tendreis, sin ir á los imperiales, enemigos personales con quién probaros podreis?

D. ALVARO. ¿A quién le faltan?— Mas no lo que me decís comprendo.

D. CÁRLOS. Os lo está á voces diciendo más la conciencia que yo. Disimular fuera en vano... vuestra turbación es harta...

D. ALVARO. ¿Habeis recibido carta de don Alvaro el indiano?

D. ALVARO. (Fuera de sí.) ¡Ah traidor!... ¡Ah fementido! violaste infame un secreto, que yo débil, yo indiscreto, moribundo... inadvertido...

D. CÁRLOS. ¿Qué osais pensar?... Respeté vuestros papeles sellados, que los que nacen honrados se portan cual me porté. El retrato de la infame vuestra cómplice os perdió, y sin lengua me pidió que el suyo y mi honor reclame. Don Carlos de Vargas soy, que por vuestro crimen es de Calatrava marqués: temblad, que ante vos estoy.

D. ALVARO. No sé temblar... Sorprendido, sí, me teneis...

D. CÁRLOS. No lo extraño.

D. ALVARO. ¿Y usurpar con un engaño mi amistad, honrado ha sido? ¿Señor marqués!...

D. CÁRLOS. De esa suerte no me permito llamar, que sólo he de titular despues de daros la muerte.

D. ALVARO. Aconteceros pudiera sin el título morir.

D. CÁRLOS. Vamos pronto á combatir, quedemos ó dentro ó fuera. Vamos donde mi furor...

D. ALVARO. Vamos, pues, señor don Carlos, que si nunca fuí á buscarlos, no evito lances de honor. Mas esperad, que en el alma del que goza de hidalguía, no es furor la valentía, y ésta obra siempre con calma. Sabeis que busco la muerte, que los riesgos solicito, pero con vos necesito comportarme de otra suerte; y explicaros...

D. CÁRLOS. Es perder tiempo toda explicación:

D. ALVARO. No os negueis á la razón, que suele funesto ser. Pues trataron las estrellas por raros modos de hacernos amigos, ¿á qué oponernos á lo que buscaron ellas? Si nos quisieron unir de mutuos y altos servicios con los vínculos propicios, no fué, no, para reñir. Tal vez fué para enmendar la desgracia inevitable, de que no fuí yo culpable.

D. CÁRLOS. ¿Y me la osais recordar?

D. ALVARO. ¿Temeis que vuestro valor

se disminuya y se asombre, si halla en su contrario un hombre de nobleza y pundonor?

D. CÁRLOS. ¡Nobleza un aventurero! ¡Honor un desconocido! ¡Sin padre, sin apellido, advenedizo, altanero!!!

D. ALVARO. ¡Ay, que ese error á la muerte, por más que lo evité yo, á vuestro padre arrastró!... no corrais la misma suerte. Y que infundados agravios é insultos no ofenden, muestra el que está ociosa mi diestra sin arrancaros los labios. Si un secreto misterioso romper hubiera podido, ¡oh!... cuán diferente sido...

D. CÁRLOS. Guardadlo, no soy curioso. Que sólo anhelo venganza y sangre.

D. ALVARO. ¿Sangre?... La habrá.

D. CÁRLOS. Salgamos al campo ya.

D. ALVARO. Salgamos sin más tardanza. (Deteniéndose.) Mas, don Carlos... ¡ah! ¿podreis sospecharme con razón de falta de corazón? No, no, que me conocéis. Si el orgullo, principal y tan poderoso agente en las acciones del ente que se dice racional, satisfecho tengo ahora, esfuerzos no he de omitir, hasta aplacar conseguir ese furor que os devora. Pues mucho repugno yo el desnudar el acero con el hombre que primero, dulce amistad me inspiró. Yo á vuestro padre no herí, le hirió sólo su destino. Y yo, á aquel ángel divino, ni seduje, ni perdí. Ambos nos están mirando desde el cielo: mi inocencia ven, esa ciega demencia que os agita, condenando.

D. CÁRLOS. (Turbado.) ¿Pues qué?... ¿Mi hermana?... ¿Leo- (Que con vos aquí no está (nor?... lo tengo aclarado ya.) Mas ¿cuándo ha muerto?... ¡Oh furor!

D. ALVARO. Aquella noche terrible llevándola yo á un convento,

exánime, y sin aliento,
se trabó un combate horrible
al salir del olivar
entre mis fieles criados
y los vuestros irritados,
y no la pude salvar.
Con tres heridas caí,
y un negro de puro fiel,
(fidelidad bien cruel)
veloz me arrancó de allí,
falto de sangre y sentido:
tuve en Gelves larga cura,
con accesos de locura:
y apenas restablecido
ansioso empecé á indagar
de mi único bien la suerte;
y supe ¡ay Dios! que la muerte
en el oscuro olivar...

D. CÁRLOS. (Resuelto.)

Basta, imprudente impostor;
¿y os preciais de caballero?...
¿Con embrollo tan grosero
quereis calmar mi furor?
Deponed tan necio engaño:
despues del funesto día,
en Córdoba con su tia,
mi hermana ha vivido un año.
Dos meses há que fuí yo
á buscarla, y no la hallé.
Pero de cierto indagué
que al verme llegar huyó.
Y el perseguirla he dejado,
porque sabiendo yo allí
que vos estabais aquí,
me llamó mayor cuidado.

D. ALVARO. (Muy conmovido.)

¡Don Carlos!... ¡Señor!... ¡amigo!
¡Don Félix! ¡ah!... Tolerad
que el nombre que en amistad
tan tierna os unió conmigo
use en esta situacion.

¡Don Félix!... soy inocente;
bien lo podeis ver patente
en mi nueva agitacion.

¡Don Félix!... ¡Don Félix!... ¡ah!...
¿Vive?... ¿vive?... ¡Oh justo Dios!

D. CÁRLOS.

Vive; ¿y qué os importa á vos?
muy pronto no vivirá.

D. ALVARO.

Don Félix, mi amigo; sí.
Pues que vive vuestra hermana
la satisfaccion es llana
que debeis tomar de mí.
A buscarla juntos vamos;
muy pronto la encontraremos,
y en santo nudo estrechemos,
la amistad que nos juramos.

¡Oh!... Yo os ofrezco, yo os juro
que no os arrepentireis,
cuando á conocer llegueis
mi origen excelso y puro.
Al primer grande español
no le cedo en jerarquía,
es más alta mi hidalguía
que el trono del mismo sol.
¿Estais, don Alvaro, loco?
¿Qué es lo que pensar osais?
¿Qué proyectos abrigais?
¿Me teneis á mí en tan poco?
Ruge entre los dos un mar
de sangre... ¿Yo al matador
de mi padre y de mi honor
pudiera hermano llamar?
¡Oh afrenta! Aunque fuerais rey.
Ni la infame ha de vivir.

D. CÁRLOS.

No, tras de vos va á morir,
que es de mi venganza ley.
Si á mí vos no me matais,
al punto la buscaré,
y la misma espada que
con vuestra sangre tiñais,
en su corazon...

D. ALVARO.

Callad.
Callad... ¿delante de mí
osasteis?...

D. CÁRLOS.

Lo juro, sí;
lo juro...

D. ALVARO.

¿El qué?... Continúad.

D. CÁRLOS.

La muerte de la malvada,
en cuanto acabe con vos.
Pues no será, vive Dios,
que tengo brazo y espada.
Vamos... Libertarla anhele
de su verdugo. Salid.

D. CÁRLOS.

A vuestra tumba venid.

D. ALVARO.

Demandad perdon al cielo.

ESCENA II

El teatro representa la plaza principal de Veletri; á un lado y otro se ven tiendas y cafés, en medio puestos de frutas y verduras, al fondo la guardia del principal, y el centinela paseándose delante del armero; los oficiales en grupos á una parte y otra, y la gente del pueblo cruzando en todas direcciones. EL TENIENTE, SUBTENIENTE y PEDRAZA se reunirán á un lado de la escena, mientras los OFICIALES 1.º, 2.º, 3.º y 4.º hablan entre sí, despues de leer un edicto que está fijado en una esquina, y que llama la atencion de todos.

OFICIAL 1.º El rey Carlos de Nápoles no se
chancea: pena de muerte nada menos.

OFICIAL 2.º ¿Cómo pena de muerte?

OFICIAL 3.º Hablamos de la ley que se acaba
de publicar, y que allí está para que nadie la
ignore, sobre desafíos.

OFICIAL 2.º Ya, ciertamente es un poco dura.

OFICIAL 3.º Yo no sé cómo un rey tan valiente

y jóven puede ser tan severo contra los lan-
ces de honor.

OFICIAL 1.º Amigo, es que cada uno arrima el
ascua á su sardina, y como siempre los de-
safios suelen ser entre españoles y napolita-
nos, y estos llevan lo peor, el rey, que al cabo
es rey de Nápoles...

OFICIAL 2.º No, esas son fanfarronadas; pues
hasta ahora no han llevado siempre lo peor
los napolitanos; acordaos del mayor Caracio-
lo, que despabiló á dos oficiales.

TODOS. Eso fué una casualidad.

OFICIAL 1.º Lo cierto es que la ley es dura;
pena de muerte por batirse, pena de muerte
por ser padrino, pena de muerte por llevar
cartas; qué sé yo. Pues el primero que caiga...

OFICIAL 2.º No, no es tan rigurosa.

OFICIAL 1.º ¿Cómo no? Vean ustedes. Leamos
otra vez. (Se acercan á leer el edicto y se ade-
lantán en la escena los otros.)

SUBTENIENTE. ¡Hermoso día!

TENIENTE. Hermosísimo. Pero pica mucho el
sol.

PEDRAZA. Buen tiempo para hacer la guerra.

TENIENTE. Mejor es para los heridos conval-
cientes. Yo me siento hoy enteramente bueno
de mi brazo.

SUBTENIENTE. Tambien parece que el valiente
capitan de granaderos del Rey está entera-
mente restablecido. ¡Bien pronto se ha cu-
rado!

PEDRAZA. ¿Se ha dado ya de alta?

TENIENTE. Sí, esta mañana. Está como si tal
cosa; un poco pálido, pero fuerte. Hace un
rato que lo encontré; iba como hácia la Ala-
meda á dar un paseo con su amigote el ayu-
dante don Félix de Avendaña.

SUBTENIENTE. Bien puede estarle agradecido;
pues además de haberlo sacado del campo de
batalla, le ha salvado la vida con su prolija
y esmerada asistencia.

TENIENTE. Tambien puede dar gracias á la
habilidad del doctor Perez, que se ha acredi-
tado de ser el mejor cirujano del ejército.

SUBTENIENTE. Y no lo perderá; pues segun
dicen, el ayudante, que es muy rico y gene-
roso, le va á hacer un gran regalo.

PEDRAZA. Bien puede; pues segun me ha di-
cho un sargento de mi compañía, andaluz, el
tal don Félix está aquí con nombre supues-
to, y es un marqués riquísimo de Sevilla.

TODOS. ¿De veras? (Se oye ruido, y se arre-
molinan todos mirando hácia el mismo lado.)

TENIENTE. ¡Hola! ¿Qué alboroto es aquel?

SUBTENIENTE. Veamos... Sin duda algun pre-
so. Pero ¡Dios mio! ¿Qué veo?

PEDRAZA. ¿Qué es aquello?

TENIENTE. ¿Estoy soñando?... ¿No es el ca-
pitan de granaderos del Rey el que traen
preso?

TODOS. No hay duda, es el valiente don Fa-
drique. (Se agrupan todos sobre el primer bas-
tidor de la derecha, por donde sale el capitan
preboste y cuatro granaderos, y en medio de
ellos preso sin espada ni sombrero don Alva-
ro, y atravesando la escena, seguidos por la
multitud, entran en el cuerpo de guardia que
está al fondo; mientras tanto se desembaraza
el teatro.—Todos vuelven á la escena, ménos
Pedraza que entra en el cuerpo de guardia.)

TENIENTE. Pero, señor, ¿qué será esto? ¿Preso
el militar más valiente, más exacto que tiene
el ejército?

SUBTENIENTE. Ciertamente es cosa muy rara.

TENIENTE. Vamos á averiguar...

SUBTENIENTE. Ya viene aquí Pedraza, que sale
del cuerpo de guardia, y sabrá algo. Hola,
Pedraza, ¿qué ha sido?

PEDRAZA. (Señalando al edicto, y se reúne más
gente á los cuatro oficiales.) Muy mala causa
tiene. Desafío... El primero que quebranta
la ley: desafío y muerte.

TODOS. ¡Cómo!!! ¿Y con quién?

PEDRAZA. ¡Caso extrañísimo! El desafío ha
sido con el teniente coronel Avendaña.

TODOS. ¡Imposible!... ¡Con su amigo!

PEDRAZA. Muerto le deja de una estocada ahí
detrás del cuartel.

TODOS. ¡Muerto!

PEDRAZA. Muerto.

OFICIAL 1.º Me alegro, que era un botarate.

OFICIAL 2.º Un insultante.

TENIENTE. ¡Pues señores, la ha hecho buena!
Mucho me temo que va á estrenar aquella
ley.

TODOS. ¡Qué horror!

SUBTENIENTE. Será una atrocidad. Debe ha-
ber alguna excepcion á favor de oficial tan
valiente y benemérito.

PEDRAZA. Sí, ya está fresco.

TENIENTE. El capitan Herreros es con razon
el ídolo del ejército. Y yo creo, que el gene-
ral y el coronel, y los jefes todos, tanto es-
pañoles como napolitanos, hablarán al rey...
y tal vez...

SUBTENIENTE. El rey Carlos es tan testaru-
do... y como este es el primer caso que ocur-
re, el mismo día que se ha publicado la ley...

No hay esperanza; ¡esta noche misma se
juntará el consejo de guerra, y ántes de tres
días le arcabucean!... Pero, ¿sobre qué habrá
sido el lance?

PEDRAZA. Yo no sé, nada me han dicho. Lo que es el capitán tiene malas pulgas, y su amigote era un poco caliente de lengua.

OFICIALES 1.º y 4.º. Era un charlatan, un fanfarrón.

SUBTENIENTE. En el café han entrado algunos oficiales del regimiento del Rey, sabrán sin duda todo el lance; vamos á hablar con ellos.

TODOS. Sí, vamos.

ESCENA III

El teatro representa el cuarto de un oficial de guardia; se verá á un lado el tabladillo y el coichon, y en medio habrá una mesa y sillas de paja. Entran en la escena.

D. ALVARO y EL CAPITAN

CAPITAN. Como la mayor desgracia juzgo, amigo y compañero, el estar hoy de servicio para ser alcaide vuestro. Resignacion, don Fadrique, tomad una silla os ruego.

(Se sienta don Alvaro.)

Y mientras yo esté de guardia no mireis este aposento como prision... Mas es fuerza, pues orden precisa tengo, que dos centinelas ponga de vista...

D. ALVARO. Yo os agradezco, señor, tal cortesanía. Cumplid, cumplid al momento con lo que os tienen mandado, y las centinelas luégo poned... Aunque más seguro que de hombres y armas en medio, está el oficial de honor bajo su palabra... ¡Oh cielos! *(Coloca el capitán dos centinelas: un soldado entra luces, y se sientan el capitán y don Alvaro junto á la mesa.)*

Y en Veletri, ¿qué se dice? ¿Mil necesidades diversas se esparcirán, procurando explicar mi suerte adversa?

CAPITAN. En Veletri ciertamente no se habla de otra materia. Y aunque de aquí separarme no puedo, como está llena toda la plaza de gente, que gran interés demuestra por vos, á algunos he hablado...

D. ALVARO. Y bien, ¿qué dicen? ¿qué piensan?

CAPITAN. La amistad íntima todos, que os enlazaba, recuerdan, con don Félix... y las causas que la hicieron tan estrecha,

y todos dicen...

D. ALVARO. Entiendo.

Que soy un monstruo, una fiera. Que á la obligacion más santa he faltado. Que mi ciega furia ha dado muerte á un hombre, á cuyo arrojo y nobleza debí la vida en el campo; y á cuya nimia asistencia y esmero debí mi cura, dentro de su casa mesma.

Al que como tierno hermano... ¡Como hermano!... ¡Suerte horrenda! ¿Cómo hermano?... ¡Debió serlo! Yace convertido en tierra por no serlo... ¡Y yo respiro! ¿Y aun el suelo me sustenta?... ¡Ay! ¡ay de mí!

(Se da una palmada en la frente y queda en la mayor agitacion.)

CAPITAN. Perdonadme si con mis noticias necias...

D. ALVARO. Yo lo amaba... ¡Ah, cuál me aprieta el corazón una mano de hierro ardiente! La fuerza me falta... ¡Oh, Dios! ¡qué bizarro, con qué noble gentileza entre un diluvio de balas se arrojó, viéndome en tierra, á salvarme de la muerte! ¡Con cuánto afán y terneza pasó las noches y días sentado á mi cabecera! *(Pausa.)*

CAPITAN. Anuló sin duda tales servicios con un agravio. Diz que era un poco altanero, picajoso, temerario; y un hombre cual vos...

D. ALVARO. No, amigo;

cuanto de él se diga es falso. Era un digno caballero de pensamientos muy altos. Retóme con razon harta, y yo tambien le he matado con razon. Sí, si aun viviera fuéramos de nuevo al campo; él á procurar mi muerte, yo á esforzarme por matarlo. O él ó yo solo en el mundo, pero imposible en él ambos.

CAPITAN. Calmaos, señor don Fadrique: aun no estais del todo bueno de vuestras nobles heridas, y que os pongais malo temo.

D. ALVARO. ¿Por qué no quedé en el campo de batalla como bueno?

con honra acabado hubiera. Y ahora ¡oh Dios!... la muerte anhelo, y la tendré... pero ¿cómo? en un patíbulo horrendo, por infractor de las leyes, de horror ó de burla objeto. ¿Qué decís?... No hemos llegado, señor, á tan duro extremo; aun puede haber circunstancias que justifiquen el duelo, y entónces...

D. ALVARO. No, no hay ninguna.

Soy homicida, soy reo. Mas segun tengo entendido *(ahora de mi regimiento me lo ha dicho el ayudante),* los generales de acuerdo con todos los coroneles han ido sin perder tiempo á echarse á los piés del rey, que es benigno, aunque severo, para pedirle...

D. ALVARO. *(Conmovido.)* ¿De veras? Con el alma lo agradezco, y el interés de los jefes me honra y me confunde á un tiempo. Pero ¿por qué han de empeñarse militares tan excelsos, en que una excepcion se haga á mi favor, de un decreto sabio, de una ley tan justa, á que yo falté el primero? Sirva mi pronto castigo para saludable ejemplo. Muerte, es mi destino, muerte. Porque la muerte merezco, porque es para mí la vida aborrecible tormento. Mas ¡ay de mí sin ventura! ¿Cuál es la muerte que espero? La del criminal, sin honra, ¡en un patíbulo!!!... ¡Cielos!!! *(Se oye un redoble.)*

ESCENA IV

LOS MISMOS y EL SARGENTO

SARGENTO. Mi capitán...

CAPITAN. ¿Qué se ofrece?

SARGENTO. El mayor...

CAPITAN. Voy al momento. *(Vase.)*

ESCENA V

D. ALVARO

¡Leonor! ¡Leonor! Si existes, desdichada, ¡oh qué golpe te espera,

cuando la nueva fiera te llegue adonde vives retirada, de que la misma mano, la mano ¡ay triste! mía, que te privó de padre y de alegría acaba de privarte de un hermano! No; te ha librado, sí, de un enemigo, de un verdugo feroz, que por castigo de que diste en tu pecho acogida á mi amor, verlo deshecho, y roto, y palpitante preparaba anhelante, y con su brazo mismo de su venganza hundirte en el abismo. Respira, sí, respira, que libre estás de su tremenda ira.

(Pausa.)

¡Ay de mí! tú vivias, y yo léjos de tí, muerte buscaba; y sin remedio las desgracias mías despechado juzgaba: mas tú vives, mi cielo, y aun aguardo un instante de consuelo. ¿Y qué espero? ¡infeliz! de sangre un rio que yo no derramé, serpenteaba entre los dos; mas ahora el brazo mio en mar inmenso de tornarlo acaba. ¡Hora de maldicion, aciaga hora fué aquella en que te ví la vez primera en el soberbio templo de Sevilla, como un ángel bajado de la esfera, en donde el trono del Eterno brilla! ¿Qué porvenir dichoso vió mi imaginacion por un momento, que huyó tan presuroso como al soplar de repentino viento las torres de oro, y montes argentinos, y colosos, y fúlgidos follajes que forman los celajes en otoño á los rayos matutinos!

(Pausa.)

Mas ¡en qué espacio vago, en qué regiones fantásticas! ¿Qué espero? ¡Dentro de breves horas, léjos de las mundanas afecciones vanas y engañadoras, iré de Dios al tribunal severo! *(Pausa.)* ¿Y mis padres?... Mis padres desdichados aun yacen encerrados en la prision horrenda de un castillo... cuando con mis hazañas y proezas pensaba restaurar su nombre y brillo, y rescatar sus miserables cabezas. No me espera más suerte que como criminal, infame muerte. *(Queda sumergido en el despecho.)*

ESCENA VI

D. ALVARO. EL CAPITAN

- CAPITAN. Hola, amigo y compañero...
- D. ALVARO. ¿Vais á darme alguna nueva?
¿Para cuándo convocado
está el consejo de guerra?
- CAPITAN. Dicen que esta noche misma
debe reunirse á gran priesa...
De hierro, de hierro tiene
el rey Cárlos la cabeza.
- D. ALVARO. Es un valiente soldado,
es un gran rey.
- CAPITAN. Mas pudiera
no ser tan tenaz y duro.
Pues nadie, nadie lo apea
en diciendo no.
- D. ALVARO. En los reyes
la debilidad es mengua.
- CAPITAN. Los jefes y generales
que hoy en Veletri se encuentran
han estado en cuerpo á yerle,
y á rogarle suspendiera
la ley en favor de un hombre
que tantos méritos cuenta...
Y todo sin fruto. Cárlos,
aun más duro que una peña,
ha dicho que no, resuelto,
y que la ley se obedezca:
mandando que en esta noche
falle el consejo de guerra.
Mas aun quedan esperanzas,
puede ser que el fallo sea...
- D. ALVARO. Segun la ley. No hay remedio,
injusta otra cosa fuera.
- CAPITAN. Pero ¡qué pena tan dura,
tan extraña, tan violenta...!
- D. ALVARO. La muerte. Como cristiano
la sufriré: no me aterra.
Dármela Dios no ha querido
con honra y con fama eterna
en el campo de batalla;
y me la da con afrenta
en un patíbulo infame...
Humilde la aguardo... venga.
- CAPITAN. No será acaso... aun veremos...
puede que se arme una gresca ..

El ejército os adora...
Su agitacion es extrema,
y tal vez un alboroto...

- D. ALVARO. Basta... ¿qué decís? ¿tal piensa
quien de militar blasona?
¿El ejército pudiera
faltar á la disciplina
ni yo deber mi cabeza
á una rebelion?... No, nunca,
que jamás, jamás suceda
tal desórden por mi causa.
- CAPITAN. La ley es atroz, horrenda.
- D. ALVARO. Yo la tengo por muy justa;
forzoso remediar era
un abuso... *(Se oye un tambor y dos
tiros.)*
- CAPITAN. ¿Qué?
- D. ALVARO. ¿Escuchasteis?
- CAPITAN. El desórden ya comienza.
*(Se oye gran ruido; tiros, confusion y
cañonazos, que van en aumento has-
ta el fin del acto.)*

ESCENA VII

LOS MISMOS y EL SARGENTO, que entra muy presuroso

- SARGENTO. ¡Los alemanes! los enemigos están
en Veletri ¡Estamos sorprendidos!
- VOCES DENTRO. ¡A las armas! *(Sale el oficial
un instante, se aumenta el ruido, y vuelve
con la espada desnuda.)*
- CAPITAN. Don Fadrique, escapad: no puedo
guardar más vuestra persona: andan los
nuestros y los imperiales mezclados por las
calles; arde el palacio del rey; hay una con-
fusión espantosa; tomad vuestro partido.
Vamos, hijos, á abrírnos paso como valientes,
ó á morir como españoles. *(Vanse el capitán,
los centinelas y el sargento.)*

ESCENA VIII

- D. ALV. Denme una espada, volaré á la muerte:
y si es vivir mi suerte,
y no la logro en tanto desconcierto,
yo os hago, eterno Dios, voto profundo
de renunciar al mundo,
y de acabar mi vida en un desierto.

JORNADA QUINTA

LA ESCENA ES EN EL CONVENTO DE LOS ÁNGELES Y SUS ALREDEDORES

ESCENA PRIMERA

*El teatro representa lo interior del claustro bajo del convento de los
Ángeles, que debe ser una galería mezquina al rededor de un patio-
cillo, con naranjos, adelfas y jazmines. A la izquierda se verá la
portería, á la derecha la escalera. Debe de ser decoracion corta, para
que detrás estén las otras por su órden.—Aparecen EL P. GUARDIAN
paseándose gravemente por el proscenio, y leyendo en su breviario.
EL H. MELITON sin manto, arremangado, y repartiendo con un cu-
charon, de un gran caldero, la sopa, al VIEJO, al COJO, al MANCO,
á la MUJER y al grupo de pobres que estará apiñado en la portería.*

- H. MELITON. Vamos, silencio y órden, que no
están en ningun figon.
- MUJER. Padre, á mí, á mí.
- VIEJO. ¿Cuántas raciones quiere, Marica?...
COJO. Ya le han dado tres, y no es regular...
H. MELITON. Callen, y sean humildes, que me
duele la cabeza.
- MANCO. Marica ha tomado tres raciones.
- MUJER. Y aun voy á tomar cuatro, que tengo
seis chiquillos.
- H. MELITON. ¿Y por qué tiene seis chiquillos?...
Sea su alma.
- MUJER. Porque me los ha dado Dios.
- H. MELITON. Sí... Dios... Dios... No los ten-
dria si se pasara las noches como yo rezando
el rosario, ó dándose disciplina.
- P. GUARDIAN. *(Con gravedad.)* ¡Hermano Me-
liton!... ¡Hermano Meliton!... ¡Válgame
Dios!
- H. MELITON. Padre nuestro, si estos desespe-
rados tienen una fecundidad que asombra.
- COJO. A mí, P. Meliton, que tengo ahí fuera
á mi madre baldada.
- H. MELITON. ¡Hola!... ¿Tambien ha venido
hoy la bruja? Pues no nos falta nada.
- P. GUARDIAN. ¡Hermano Meliton!
- MUJER. Mis cuatro raciones.
- MANCO. A mí ántes.
- VIEJO. A mí.
- TODOS. A mí, á mí..
- H. MELITON. Váyanse noramala, y tengan mo-
do... ¿á qué les doy con el cucharon?...
P. GUARDIAN. Caridad, hermano, caridad, que
son hijos de Dios.
- H. MELITON. *(Sofocado.)* Tomen, y váyanse...
MUJER. Cuando nos daba la guiropa el P. Ra-
fael lo hacia con más modo y con más temor
de Dios.
- H. MELITON. Pues llamen al P. Rafael... que no
los pudo aguantar ni una semana.
- VIEJO. Hermano, ¿me quiere dar otro poco
de bazofia?...
H. MELITON. ¡Galopo!... ¿Bazofia llama á la
gracia de Dios?...
P. GUARDIAN. Caridad y paciencia, hermano
Meliton; harto trabajo tienen los pobrecitos.
- H. MELITON. Quisiera yo ver á V. Rma. lidiar
con ellos un dia, y otro, y otro.
- COJO. El P. Rafael...
H. MELITON. No me jeringuen con el P. Ra-
fael... y... tomen las arrebañaduras *(les re-
parte los restos del caldero, y lo echa á rodar
de una patada)*, y á comerlo al sol.
- MUJER. Si el P. Rafael quisiera bajar á decirle
los Evangelios á mi niño que tiene sisiones...
H. MELITON. Tráigalo mañana, cuando salga
á decir misa el P. Rafael.
- COJO. Si el P. Rafael quisiera venir á la villa,
á curar á mi compañero, que se ha caido.
- H. MELITON. Ahora no es hora de ir á hacer
milagros: por la mañanita, por la mañanita
con la fresca.
- MANCO. Si el P. Rafael...
H. MELITON. *(Fuera de sí.)* Ea, ea, fuera... al
sol... ¡Cómo cunde la semilla de los perdidos!
horrio... á fuera. *(Los va echando con el cu-
charon y cierra la portería, volviendo luego
muy sofocado y cansado donde está el Guar-
dian.)*

ESCENA II

EL PADRE GUARDIAN y EL HERMANO MELITON

- H. MELITON. No hay paciencia que baste, pa-
dre nuestro.